

Tengo una idea demasiado elevada de la moderna España, para dejar de creer que habiendo demostrado ya que no cede ante la fuerza, no acogiese con magnánima benevolencia una franca y cordial iniciativa de nuestros gobiernos. Y esta le proporcionaría quizá los medios de acelerar de una manera digna y noble un suceso que mas ó menos pronto habia de tener su verificativo y complicándola acaso en un guerra desastrosa con la potencia mas fuerte del nuevo mundo. Hallaría así la solución honrosa de una situación que solo puede arrostrar por dignidad, haciendo todo género de sacrificios y probablemente sin esperanza alguna.

Por lo que respecta al pueblo cubano, ayudado en sus esfuerzos de emancipación por sus hermanos; palpando el contraste de la iniciativa de estos con la indiferencia de los anglo-americanos, demasiado seguros de su presa para darse el trabajo de conquistarla; viéndose ligado por el mas poderoso de los lazos, cual es la comunidad de intereses, con las otras repúblicas de su raza; aleccionado por la experiencia de lo que estas han sufrido, sería su aliado natural. La parte entendida é influente de la nueva nación contaría con el apoyo de las demas, para establecer unas instituciones que estuviesen en armonía con sus circunstancias y con sus necesidades, y el mismo apoyo le evitaria acaso muchas de las dificultades que viéndose aislada, aunque libre, hallaría en su camino.

Si el pensamiento del gran Bolívar no ha podido realizarse hasta hoy, realícese al menos para conjurar el peligro comun; pues aun suponiendo que los sucesos futuros hayan de ser en todos casos funestos para nuestra raza, menos doloroso y mas digno nos será sufrir sus efectos con la conciencia de haber procurado evitarlos, que ser víctima de ellos, dejando á nuestros pósteros la fundada creencia de que sus padres hubieran podido acaso conjurarlos en su origen.



IV

De la Habana á Filadelfia. Cuarentena. Un dia en New York.

DESPUES de haber hecho visar nuestros pasaportes por el gobierno de Cuba y por nuestro cónsul, requisito sin el cual no se nos hubiera permitido salir de la Habana, nos embarcamos en el vapor «Yazoo,» con dirección á Filadelfia, el 30 de Setiembre por la tarde. Nuestras cargas y equipajes se habian trasladado á bordo desde la mañana del mismo dia. A las cuatro y media levaba el buque sus anclas, y saliendo con precaucion por la estrecha boca de la bahía, saludaba al pabellon español con los dos cañonazos de costumbre, al pasar frente á los fuertes de la «Cabaña» y del «Morro,» que defienden la entrada del puerto.

La temperatura, extremadamente elevada en los dos dias anteriores, estaba algo mas fresca á consecuencia de una ligera lluvia caída la noche anterior. El Oceano seguía en calma: solo algunos copos de espuma se veían coronar á lo lejos las crestas de las olas en la dirección de la alta mar; mientras que á nuestra derecha y á muy corta distancia, veíamos los blancos y elevados penachos en que se resuelven las ondas al estrellarse contra las rocas en cuyas cimas se levanta el torreón del Morro. Por nuestra izquierda y en las playas que íbamos dejando al Sur, se extendía hasta confundirse con las brumas del horizonte, la línea de vistosos edificios y casas de campo que forman la ciudad moderna, cuyos límites se ensanchan de dia en dia, invadiendo las colinas inmediatas, siempre revestidas de su verdor tropical y que presentan una deliciosa perspectiva.

Muy pocos pasajeros conducía el «Yazoo,» vapor de unas 1400 toneladas: además de nosotros, habia un alemán, un americano y dos cubanos. El capitán Mr. Barret, persona de excelentes maneras, era un tipo de esa franqueza, cordialidad y buen humor que se halla con tanta frecuencia entre los marinos. Siempre comedido con sus huéspedes, siempre tratan-

do de hacerles olvidar la monotonía del viaje, hallaba á cada instante originales ocurrencias ó cuentos oportunos, que hacian breves los ratos que pasaba en nuestra compañía; y cortos eran en verdad, pues los deberes de su cargo le obligaban á estar casi de continuo vigilando personalmente todos los ramos del servicio. A la hora de comer especialmente, nos regalaba con la relacion de sus viajes y de sus aventuras, salpicada de anécdotas picantes y llenas de originalidad, pero siempre con el tacto y la finura de una persona de mundo, bien educada, que ha visto muchos países y tratado á muchos hombres. Nos obsequiaba de esta manera con la única salsa con que es posible hacer honor á los manjares de la cocina anglo-americana de estilo puro, sobre todo cuando es marítima.

El 1º de Octubre por la mañana, pasamos bastante cerca de las costas de la Florida, para distinguir á la simple vista las blancas torres de los numerosos faros que anuncian al navegante el principio de esa zona peligrosa cubierta de innumerables archipiélagos, rocas y bajos que se extiende paralelamente á la costa casi hasta los 28º de latitud. Era esta la segunda vez que yo atravesaba aquellos mares, y no pude menos de recordar las circunstancias en que 13 años antes los habia atravesado. Fué durante los primeros tiempos de la gran guerra civil de los Estados Unidos, y navegaba yo de New York á la Habana en el vapor «De Soto,» entonces buque mercante, y el mismo en que seis años mas tarde emprendió Mr. Seward su largo viaje alrededor del mundo. Como esa embarcacion pertenecia á los Estados del Norte, navegaba con la mayor precaucion para no encontrarse con alguno de los cruceros del Sur, que comenzaban ya á recorrer el mar en busca de presas. Un dia al caer la tarde, hallándonos en el canal de Bahama, se presentó repentinamente á babor, y á mucha distancia, otro vapor, cuyos movimientos nos dieron á conocer que era un crucero de los separatistas y que venia dándonos caza. El capitán del «De Soto» no perdió la serenidad, aunque solo contaba con dos cañones pequeños, incapaces de sostener dignamente un combate con un vapor de guerra; pero hábil marino, con un buque ligero y en un mar erizado de obstáculos, se propuso burlar la persecucion de su enemigo. No por eso descuidó las precauciones indispensables para el caso de verse precisado á recurrir á la fuerza para defenderse, pues si bien sabia que en la lucha tendria que sucumbir, no era hombre que se resignase á rendirse antes de haber cambiado algunas balas con los rebeldes.

Armó á la tripulacion, y nos invitó á todos los pasajeros para tomar tambien las armas, invitacion que nadie rehusó. Seguro entonces de no sucumbir sin pelear, si á ello se veia obligado, comenzó á poner en práctica su plan de huir de la persecucion del crucero. A todo vapor, con una habilidad verdaderamente prodigiosa, cambiando de rumbo á cada instante para entrar aquí y allá por entre los islotes; ocultándose de cuando en cuando á la vista de su adversario, siempre que se lo permitia alguna roca elevada, y entonces tomando un rumbo diferente para alejarse de él sin que lo notase; haciendo desaparecer á veces ya la luz de babor ya la de estribor, ó cambiando los colores de estas, logró ver, despues de una infinidad de maniobras de esta clase, que la distancia del crucero al «De Soto» habia aumentado sensiblemente. A eso de las diez de la noche las rojizas luces de aquel apenas se distinguian en el horizonte, y poco despues de la media noche ya habian desaparecido. Entonces el bravo capitán puso inmediatamente la proa hácia Cuba, sin disminuir en lo mas mínimo la fuerza de la máquina, pues así estaba seguro de llegar al dia siguiente, como lo consiguió en efecto, á las aguas de la Isla sin ser alcanzado por su perseguidor. Durante esa larga noche de vigilancia y de alarma, yo no sé si me causaba tanta emocion la perspectiva de un combate naval tan desfavorable para nosotros, como el peligro constante que corríamos de estrellarnos contra alguno de los muchos arrecifes que allí existen, é ir á aumentar de ese modo los restos de los numerosos buques que entre ellos han perecido. Probablemente debimos nuestra salvacion tanto al acaso y á la pericia del capitán, como á que nuestro perseguidor no se atrevió quizá á penetrar de noche á aquel laberinto de islotes.

En cuanto al «Yazoo,» confiado en la paz de los hombres y en la de los mares, seguia tranquilamente su rumbo casi Norte hácia la ciudad de William Penn. Nos hallábamos en la corriente del Golfo, llamada *Gulf Stream* por los marinos, verdadero rio dentro del mar, debido á la diferente temperatura de sus aguas, y que despues de circundar el vasto contorno del Golfo de México, sale entre Cuba y la Florida para dirigirse hácia el Noreste hasta perderse cerca de las costas de Europa. Por efecto de esta corriente, comenzó el barco á tomar su movimiento lateral con bastante fuerza, y en consecuencia principió tambien á hacerse sentir el mareo entre las personas débiles de cabeza ó delicadas de estómago. Aun en medio de las mayores calmas, casi siempre se manifiesta la proximidad

del cabo Hatteras por el aumento del balanceo en los buques; y en efecto, el día 3 á eso de las siete de la noche, distinguimos los faros del cabo.

Casi á la misma hora, una luz intensa de colores rojizo y violado, que se fué extendiendo por toda la region septentrional del cielo, atrajo á todo el mundo sobre cubierta. Teníamos á la vista una aurora boreal. El fenómeno duró poco, y sin llegar á adquirir toda la esplendidez que generalmente alcanza en latitudes mas altas; pero esto no obstante, nos hizo gozar por cosa de media hora del bellissimo espectáculo de las ráfagas violadas, figurando hermosos cortinajes que se formaron con bastante claridad hácia el Noreste, si bien poco elevadas sobre el horizonte. En seguida la luz se desvaneció poco á poco; el cielo fué recobrando gradualmente su color ceniciento, y el mar, algunos instantes enrojecido como por el reflejo de un incendio, volvió á tomar su melancólico tinte verdinegro, que parecia mas sombrío por efecto de su comparacion con el que poco antes habia reflejado de la atmósfera.

Desde los primeros dias de esta travesía, el tiempo habia ido refrescando de una manera muy sensible. Como nuestro rumbo era casi directamente al Norte, cambiábamos cada dia cerca de 4° en latitud, y habíamos entrado en la zona templada desde el 1° de Octubre. En consecuencia, las rápidas variaciones de latitud por una parte, y por otra los vientos frios del Noreste, que comenzaron á soplar desde el día 3, produjeron un descenso de temperatura que nos pareció tanto mas rudo cuanto mas intenso habia sido el calor dos dias antes. Ya nadie pensó en dormir sobre cubierta, no obstante ser mas cómodo para hacerlo así este vapor que el «Caravelle,» y por el contrario todos comenzamos á sacar á luz nuestros abrigos, y los que no sufríamos los efectos del mareo, empezamos á encontrar muy agradables los paseos sobre el puente para aprovechar el calor de los rayos solares.

El 4 de Octubre siguió reinando el viento, y nuestros termómetros indicaban á medio dia una temperatura inferior á 20° centesimales, mientras que dentro de los trópicos habia sido de mas de 30°. En la tarde bajaron á 15°, casi á la hora en que comenzamos á ver la tierra, acercándonos al rio Delaware, al cual entramos durante la noche bajo la garantía de los faros que marcan sus orillas.

La entrada á un rio es siempre un fausto suceso para los navegantes, ya porque cesa como por encanto el mareo entre los que padecen ese

mal, ya porque generalmente la navegacion fluvial indica el término de la marítima. Así es que, el dia siguiente, á pesar del viento y del frio, pues la temperatura era solo de unos 5°, todo el mundo se levantó muy de mañana, para contemplar las risueñas márgenes del Delaware y las preciosas vistas que ofrecen los terrenos inmediatos cultivados y cubiertos de numerosas fábricas y casas de campo.

Contábamos con llegar á Filadelfia en las primeras horas del dia, y con tomar inmediatamente los trenes para New York; pero á eso de las seis de la mañana, llegó á abordarnos un vapor de la oficina de sanidad, conduciendo al médico que debia pasar la visita de costumbre. Como no teníamos á bordo ningun enfermo, creimos que tampoco se nos opondria obstáculo alguno para desembarcar en Filadelfia, distante solo unas cuantas millas. Grandes fueron, pues, nuestra sorpresa y nuestra contrariedad, cuando se nos notificó que por venir de la Habana, infestada todavía por el vómito, quedaríamos en cuarentena durante dos dias por lo menos.

En cualesquiera circunstancias una sentencia de cuarentena, causa al viajero trastornos de mas ó menos importancia; pero en las mias era una positiva calamidad cuyas consecuencias podrian ser muy funestas para el objeto de mi viaje. Dos ó tres dias de atraso serian quizá suficientes para no llegar á San Francisco en tiempo oportuno á fin de tomar el vapor del Asia que partiria de este puerto hácia la mitad del mes; y perder esa oportunidad equivalia á prescindir de toda esperanza de llegar á las costas de Asia antes del fin de Noviembre. Se lo manifesté así al capitán con tal vehemencia, que el excelente y apreciable Mr. Barret tomó verdadero empeño en servirme, comenzando por conseguir del rígido doctor el permiso para ir él solo á tierra, á fin de interesarse con las autoridades, hasta obtener de ellas la revocacion de la sentencia que nos tenia impuesta el oficial de la sanidad. Mucho le agradecí su buen intento, y para poner en juego otros eficaces recursos, le supliqué que tan pronto como llegase á tierra trasmitiese un telégrama mio al Sr. D. Ignacio Mariscal, ministro de México en Washington, en el cual le explicaba mi posicion y lo importante que era salir de ella.

Despues de dejarnos anclados frente al pueblecillo de Chester, partió Mr. Barret con el doctor. Casi todo el dia estuvo ausente, y ya podrá formarse el lector una idea de la impaciencia con que esperaba yo su vuel-

ta, temiendo que fuesen infructuosas sus gestiones. Por fortuna me equivoqué en esto, y aunque siempre se perdió el día, volvió el capitán á eso de las seis de la tarde á anunciarnos que estábamos libres, é inmediatamente dispuso que continuase el «Yazoo» su camino. Dos horas despues desembarcábamos en uno de los extensos muelles de Filadelfia, en medio de una infinidad de buques procedentes de todas las naciones del mundo.

Como la hora era avanzada, no fué posible hacer desembarcar nuestras cajas; y por otra parte, el capitán me ofreció encargarse personalmente de hacerlas desembarcar al día siguiente, para que desde luego se enviasen por el ferrocarril á New York, ó directamente á San Francisco si era así posible. Fuimos, pues, á tomar nuestro alojamiento para pasar la noche en la ciudad, despues de haber dado las gracias á nuestro buen amigo el capitán Barret por sus positivos servicios.

El 6, muy temprano, volví á bordo con la Comision para sacar las cargas y nuestros equipajes, que tenian que sufrir la visita de la aduana. Hallamos ya allí al capitán con la señorita su hija, linda niña de doce ó trece años, que á pesar de su corta edad era ya una excelente pianista, y en esta ocasion volvió á prestarnos Mr. Barret un nuevo y señalado servicio, manifestando á los empleados de la aduana quiénes éramos y cuál el objeto de nuestro viaje. A consecuencia de este informe los oficiales se manejaron con la mayor cortesía, haciendo solamente abrir por pura fórmula una ú otra maleta de equipaje, y dejando cerradas todas las cajas de los instrumentos, las cuales se trasladaron á tierra con mucho cuidado. Todo esto fué una verdadera fortuna, pues se comprende fácilmente el peligro que hay de estar abriendo y cerrando los cajones que contienen aparatos delicados, y especialmente cuando esta operacion es practicada por personas que no tienen idea del cuidado con que es preciso manejarlos. Por lo que respecta á los cronómetros, no fiándonos mas que de nuestras propias manos, los hemos llevado personalmente el Sr. Jimenez y yo durante todo el viaje, á fin de tenerlos constantemente á la vista, y de darles cuerda todos los días para que su marcha no se alterase. Muy grande ha sido la molestia que esto nos ha causado, sobre todo, cuando en los ferrocarriles teniamos que cambiar de trenes, pues á veces nos veiamos obligados á recorrer distancias considerables cargando las cajas; pero en cambio de esas fatigas, tuvimos la satisfaccion de podernos fiar, mas tarde, en las indicaciones de nuestros guarda-tiempos.

Los demas aparatos no pudieron enviarse directamente á San Francisco, y por tanto los remití á New York por los trenes de la compañía llamada *Adam's Express*. Despues de todos estos arreglos, tomamos, á eso de medio día, el ferrocarril para esta última ciudad. No quise, sin embargo, alejarme de Filadelfia sin dejar á Mr. Barret un ligerísimo testimonio de los muy gratos recuerdos que siempre conservaré tanto de su fina amistad como de su empeño por prestarme servicios, que atendidas las circunstancias en que me hallaba, fueron en extremo valiosos; y con tal propósito y para no herir su caballerosa delicadeza, hube de conformarme con enviar á la señorita Barret algunas piezas escogidas de música.

En los lujosos trenes que hacen el servicio del ferrocarril entre Filadelfia y New York, llegamos á esta ciudad en poco mas de cuatro horas. Como no podia perder tiempo, abrigaba yo la esperanza de poder hacer en el mismo día algunos de los varios negocios que tenia que arreglar, á fin de quedar expedito para continuar mi camino á San Francisco el día siguiente si era preciso. Sin embargo, á pesar de mis deseos nada fué posible hacer, pues aun cuando llegamos á la estacion del ferrocarril poco antes de las cuatro y media de la tarde, se pasó algun tiempo en esperar el vapor para atravesar la bahía, en llegar á nuestro hotel y en instalarnos, de suerte que ya casi de noche terminamos todas estas operaciones. Salí, no obstante, con el objeto de visitar á nuestro cónsul el Sr. D. Juan Navarro, contando con sus buenos oficios y con su profundo conocimiento de la ciudad para allanar todo lo relativo al transporte de nuestro pesado tren de observatorio; pero supe que su residencia distaba mas de dos millas de la oficina del consulado, y sin la seguridad de hallarle en ella, tuve que aplazar para el día siguiente mi visita.

Como los Sres. Fernandez, Barroso y Bulnes no habian estado antes en los Estados Unidos, natural era que tuviesen muchos deseos de ver algo de la ciudad, pues la rapidez con que me veia yo obligado á llevarlos, no les habia permitido conocer casi nada de los lugares del tránsito. Comprendiéndolo así, les dije que el Sr. Jimenez y yo, que ya habiamos vivido en New York, nos encargariamos de todos los arreglos relativos á la prosecucion del viaje, y que por lo mismo aprovecharan el tiempo que permaneciésemos en la ciudad para ver lo que pudiesen de ella.

En efecto, el 7 por la mañana fuí con el Sr. Jimenez al consulado mexicano, y ayudado por la eficacia del Sr. Navarro, se arregló el tras-